

El Panorama.

PERIODICO

DE LITERATURA Y ARTES.

SEGUNDO TRIMESTRE.

Tomo primero. — Entrega 17.



MADRID 19 DE JULIO DE 1838.

Imprenta de la Compañía Tipográfica, calle del Leon.

EL PANORAMA.



Esquivel d.º

Castelló g.º

UNA ESTAMPA Y UN ARTICULO.



UNA ESTAMPA Y UN ARTICULO.

La escena representa la redaccion del Panorama. Puerta en el fondo: á un lado una mesa cargada de libros y papeles revueltos: al opuesto un caballero: cerca de él una caja de pintar: en el fondo un estante lleno de periódicos legajados; sillas y un cuelga-capas en el cual están los fraques y sombreros de los redactores: sables, pistolas, armaduras antiguas.

ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO pintando.—D. JUAN durmiendo en una silla recostado sobre la mesa.—D. MANUEL paseando como quien medita.—D. LUIS fumando y viendo pintar.

MANUEL. ¡ Maldito artículo!

ANTONIO. Los de la fé son catorce, ¿quieres que te los recite? (momentos de silencio.)

LUIS á ANT. Buena es esa cabeza!

MAN. Y no hay remedio; mañana es jueves; ¡ Día infausto!

ANT. A la noche, al Liceo.

MAN. Al infierno iré yo.

LUIS. Buen viaje. Mira que estamos en España.

MAN. Dos columnas que me faltan...

ANT. Como si te faltaran doscientas.

MAN. Es mucha calma la de ese hombre (señala á Juan.)

ANT. Toma, toma; y si le dejas dormir nunca saldrá el periódico.

MAN. (Paseándose cerca de Juan y gritando) Señor D. Juan... Señor D. Juan.

JUAN. (Despertando sobresaltado.) ¿Quién es?... ¿Quién llama?... (mirando á Manuel.)

Hombre, no seas cuadrúpedo (aparte.) Pensé que era la patrona.

MAN. ¿Sabes que mañana es jueves? (ap.) ¡ oh furor!

JUAN. Sí; pero déjame deacansar.

MAN. ¿Sabes que hace falta un artículo? (ap.) ¡ oh rabia!

JUAN. Lo sé; pero permíteme dormir.

MAN. ¿Que la estampa está hecha? (ap.) ¡ oh desesperacion!

JUAN. Eso menos hay que hacer; además todavía es temprano.

MAN. Acaban de dar las doce, desdichado.

JUAN. Pues por eso: luego... en un instante escribiré cuanto quieras; pero ahora...

ANT. (Siempre pintando) "*Impavidum ferant ruinae.*" No le moverán los mas lastimosos desastres periodísticos.

LUIS. Cada cual con su genio, y *Laus tibi christe.*

MAN. Pues por la compañía tipográfica y su celeberrima comandita te juro que no has de dormir (Le agarra de un brazo.)

JUAN. Hombre; ya te he dicho que me dejes: por el ánima del curioso parlante te le suplico.

MAN. No hay remedio.

JUAN. (Mirando con dolor al cielo) ¿Será posible justo Dios?

(Antonio deja de pintar, se pone en pie con la paleta y el tiento en la mano, y dice.)

ANT. (Con precipitacion y un tanto cuanto de acento sevillano puro.) Estás insufrible con tanta perezá. Ves que hace falta un artículo, que la estampa está dibujada, grabada é impresa, que faltan po-

quísimas horas para el día de mañana; sabes lo que son los cajistas para esto de precipitarse; la espada de Damocles pende sobre nosotros, y sin embargo nos oyes como si fuéramos el pueblo y tu el gobierno; como si te trajéramos la cuenta del sastre; como si te fuéramos á leer un drama en veinticinco cuadros, traducido del groenlandés al hotentote; sobre todo, como si te quisiéramos imponer la dulce carga del matrimonio.

JUAN. Mas valiera; con tal de que me dejarais descansar un rato.

MAN. ¡El artículo! ¡Toma la pluma!

JUAN. ¿Con qué no hay escape? ¡oh amargo porvenir! ¡oh injusticia social! (va á tomar la pluma.)

ESCENA II.

LOS DICHO. UN CAJISTA.

CAJISTA. Vengo de parte del rejente á que me den ustedes original.

ANT. ¿Lo oyes desventurado?

JUAN. Lo oigo.

MAN. ¿Lo escuchas infeliz?

JUAN. Lo escucho.

LUIS. ¿Lo entiendes alma de cántaro?

JUAN. Lo entiendo.

MAN. Y ahora ¿qué hacemos?

JUAN. (con cachaza.) Lo que queráis.

ANT. ¿Qué se le dice á este hombre?

JUAN. (Lo mismo.) Puede decirsele... cualquiera cosa... no tengo inconveniente en que se vaya como ha venido.

MAN. Está visto: es imposible que escriba nada.

JUAN. ¿Imposible?... No por cierto. ¿Improbable? tal vez.... No digo que no; tampoco digo que sí.

LUIS. (Volviéndose al cajista.) Diga usted al rejente que dentro de media hora recibirá materiales.

MAN. ¿Qué estas diciendo?

LUIS. Lo dicho, y vaya usted con la Magdalena.

CAJ. Es que no tengamos la de siempre.

JUAN. (Aparte.) Sabe Dios; porque está el siglo tan corrompido... y se han puesto las cosas de un modo...

CAJ. No; porque como otras veces...

LUIS. Hombre, váyase usted y no me desespere.

CAJ. Está bien; pero como al fin ustedes no pasan la noche de claro en claro con el componedor entre dedos...

LUIS. ¿Se quiere usted ir? (Sale el cajista precipitadamente, y al salir tropieza con D. José que entra saltando.)

CAJ. ¡Ay! ¡Ay!

JOSE. ¡Qué bárbaro!

CAJ. ¿Está usted ciego?

JOSE. Y usted ¿tiene vista?

LUIS. ¿Se quiere usted largar por el amor de Dios?

CAJ. Ya me voy; por vida de el hombre... (Vase.)

JOSE. ¡Qué cajista tan cuadrilongo!

ESCENA III.

LOS DICHO. MENOS EL CAJISTA.

D. JOSE.

LUIS. ¿Dónde está la estampa?

JUAN. (bo-tezando y acomodándose para dormir.) Ahí la tienes; y no hagas ruido por Dios, que este va á escribir el artículo.

(José se ha quitado el fraque, lo ha colgado, ha cojido un florete, y se ensaya con él.)

JOSE. ¡A fondo!

JUAN. Hombre calla por el alma del Eco del Comercio.

JOSE. ¡En guardia!

JUAN. Por el santo Cristo del zapato.

JOSE. Una, dos, tres.

ANT. Muy mal: muy mal.

JOSE. Pues toma tu el otro florete.

ANT. Voy á contarte los botones de la camisa.

(Deja la paleta y el tiento: toma el florete y tiran.)

JUAN. ¿Quién ha de escribir con este ruido?

LUIS. (Con la estampa en la mano.)

Dos manolos armados de navajas: una vieja de rodillas pidiendo misericordia: un caballero con una pistola en la mano apuntando á las barbas de los majos: una señora detras del caballero, asustada del lance: cielo raso y campo idem. De todo esto hay que hacer un cuento.

MAN. Y pronto que es lo peor.

JOSE. ¡ En guardia ! ¡ vivo !

ANT. ¿ Qué, pensabas ser invulnerable ?

JOSE. ¡ Te toqué !

LUIS. Estos majos... tienen cara de ladrones.

MAN. Es claro.

LUIS. Este caballero debe de ser alguna persona decente, como quien dice, algun miembro de la junta de lectura de teatros... ó tal vez diputado... ¿ quién sabe si será maestro de escuela... ?

ANT. ¡ Una, dos !

LUIS. La señora tiene un no se qué en la cara...

JUAN. ¡ Qué estrépito ! No va á poder escribir el artículo, y á la verdad será una lástima.

LUIS. Y la vieja por otra parte... En esta estampa hay gato encerrado.

JUAN. (Desde su asiento.) La cosa está en que el gato se escape.

LUIS. Pero ¿ qué interés tienen estos majos en matar á esos pobres señores ?

MAN. Hombre, por Dios despacha, y déjate de observaciones.

LUIS. ¡ Qué idea... ! Ya se lo que voy á escribir (corre alborozado á la mesa: toma papel; se sienta y escribe.)

ESCENA IV.

LOS DICHOS.—DON ENRIQUE.

D. ENRIQUE (dentro). Bien muertos están...

JOSE (dejando de tirar). Este es Enrique.

ENR. ¡ Pícaros ! ¡ Ladrones ! ¡ Asesinos !

ANT. ¿ Qué será esto ?

JUAN (sin moverse). Lo que digo, nunca se escribirá el articulito.

ENR. (entrando) No siento mas que... Buenos días caballeros.

TODOS. Pero ¿ qué es lo que pasa ?— (Luis deja la pluma y se levanta.)

ENR. Habráse visto infamia mayor. En medio del día.

JUAN (aparte). Alguna riña de callejuela: Si yo pudiera dormir una horita por lo menos (se recuesta y se duerme).

ANT. En suma, dínos lo que ha acaecido.

ENR. ¡ Qué ! si lo que en España sucede...

JOSE. ¿ Quieres hacernos el favor de decirnos lo que te ha pasado ?

ENR. Figuraos que yo venia por la calle de... ¿ Cómo se llama ?... ¡ voto á brios !

MAN. ¿ Qué importa el nombre de la calle ?

ENR. Si le tengo en la punta de la lengua... La calle del... de... de la... Es mucho la memoria mía.

ANT. Deja la calle y sigue.

ENR. En fin, venia por una calle: cerca de aquí, á la vuelta... Sí... Nada, no me acuerdo.

JOSE. ¿ Y bien ? ¿ Qué ?

ENR. Delante de mí, iban una señora y un caballero; por la acera de enfrente una pobre vieja y detrás de ella dos embuzados...

LUIS. Los de la estampa; justamente los mismos...

MAN. Calla.

ENR. La calle sale, como sabeis, al campo.

ANT. Continúa.

ENR. En cuanto estuvimos todos fuera de puertas... Ya se ve con el calor no habia un alma. Yo me quedé encendiendo un cigarro. Ellos siguieron su caminata. De repente oigo decir ¡ Asesinos !

LUIS. Cabalmente lo mismo que en la estampa.

ANT. Calla. ¡ Maldita sea tu estampa !

ENR. Al oír los gritos, corro, vuelo, llevo en un santiamén detrás de una tapia arruinada y... ¡ Cielos segrados ! ¿ Qué es lo que veo ?

ANT. Acaba.

ENR. Dos hombres de espantable, plebeyo y antipática catadura: cada uno tenía en la mano derecha una navaja de montar con honores de alabarda.

LUIS (dando una palmada en la estampa). Aquí estan clavaditos.

ENR. (asustado). ¿Dónde?

LUIS. En la estampa.

MAN. Dale con la estampa... Sigue y no hagais caso de ese.

ENR. Mas allá una vieja...

LUIS. ¿No digo?

ENR. Miserable, llorosa, postrada de rodillas gritando: "¡Por Dios no me mateis!"

LUIS. La misma que viste y calza.

ENR. Una señora pálida, desencajada, dando espantosos chillidos.

LUIS (siempre señalando al grabado). Otra que tal baila.

ENR. Pero el que mas me gustó fue el caballero.

LUIS. ¡Un caballero! Está completo el artículo.

ENR. Figuraos que este es la vieja (señala á Antonio) Arrodillate... Bien así: que vosotros dos (á José y á Manuel) sois los pícaros....

JOSE. Gracias.

ENR. Que este (á Luis) es la señora...

LUIS. ¿Yo?

ENR. Y que yo represento al caballero: vosotros me asaltais: vamos, asaltadme: tú (á Luis) chillas.

LUIS. ¡Que me matan! ¡Que me matan!

ENR. Muy bien. Entonces yo cojo una pistola de esas (la coje) y digo. (Alza la voz.) ¡Cobardes! Malandrines! ¡Rufianes! recibid el premio de vuestras traiciones (descarga al aire la pistola: al tiro despierta Juan sobresaltado diciendo.)

JUAN. ¡Ladrones! ¡Fuego! ¡Que toquen la generala!

TODOS. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

JUAN. ¡Qué humo! ¡qué confusión! (agarra un florete) ¡Firmes!

MAN. ¡Loco! ¡Loco rematado!

LUIS (saltando). Ya tenemos artículo.

ENR. ¿Qué quiere decir esto?

JUAN. Pero ¿qué es lo que veo? ¿sois vosotros?... soñaba que D. Carlos se introducía en Madrid; y que dábamos una fiera batalla, porque Cabrera habia decretado la muerte del periódico.

LUIS. Voy á escribirlo corriendo (se sienta y escribe).

JUAN. ¡Oh parcas! ¿Qué es lo que miro? ¡Mi patrona! huyamos (vase).

TODOS. ¡Su patrona! ¡Qué horror!

MAN. ¡Dios mio! ¡el sastre viene con ella! yo me escapo (vase).

TODOS. ¡El sastre! ¡qué ignominia!

JOSE. ¿Qué escucho? Son las tres: me voy; me está esperando mi querida (vase.)

TODOS. ¡Su querida! ¡O temporal O mores!

ANT. Y á mi me traen un album, escapémonos antes que me coja (vase.)

ENR. ¡Un album! Vaya usted viendo.

LUIS. (aparte.) ¡Magnífico! ¡Magnífico!

ENR. ¿Qué estas diciendo desventurado?

LUIS. Que estoy escribiendo un gran artículo.

ENR. (Con énfasis.) Si así lo hiciéreis, Dios os lo premie, y sino os lo demande. (Vase.)

LUIS. Escucha... atiende... mira... Se marchó... No importa, el artículo está hecho, sobre poco mas ó menos; venga el cajista cuando quiera; que yo le sabre recibir á punta de manuscrito.

(Cae el telon.)

Nota. El artículo es este que acaba de leer el que lo leyere.

Otra. Al escaparse cada redactor ha recojido su fraque y su sombrero.

LUIS GONZALEZ BRAVO.

EL HOMBRE.

Cual el Atlante orgulloso
sobre los mares se eleva,
y la tierra despreciando
por las nubes penetrando
su frente hasta el cielo lleva;

Entre la turba de seres
que sobre el mundo gravita,
asi se eleva otro ser
que osó al tiempo detener
y enfrena al mar si se agita,

A este ser le llaman hombre,
nombre que él mismo se dió;
ser que sin alma es un punto,
y con alma al mundo junto
como un punto á sus pies vió.

El hombre viste la tierra
y un yermo cambia en pensil,
en calor convierte el frio,
de un arroyuelo hace un rio,
de un invierno un abril.

Sentado el sol en el cielo
mares de luz derramando,
asido al tiempo giraba
y los siglos anudaba
las naciones s. pultando;

Mudos temblaron los seres
y ni aun verle nadie osó,
solo el hombre alzó su frente
y en ademán de valiente
su vista en el sol clavó.

Cual si fuera el rey del mundo
el igneo carro detuvo,
la senda que sigue vió,
su largo curso midió,
y el tiempo en sus manos tuvo.

Los inmensos hitos de oro
que el sol por el mundo estiende,
y forman de luz un mar
que sin poderse parar
como un torrente descende;

Cual si estuvieran pintados
en un mezquino papel,
el hombre los separó,
con un vidrio los contó,
y hacer luz mandó al pincel.

La tierra que por antorcha
tiene el sol con sus colores,
que mares por manto tiene,
y en sus espaldas sostiene
inmensos cuadros de flores;

Ese ser por Dios lanzado
al aire en que tiene asiento,
á pesar de su grandeza
y de tener por cabeza
al estenso firmamento;

Cual si fuera en blanco lienzo
un negro punto pintado,
tal al hombre se ofreció,
y como en agua, se vió
en su mente retratado.

La capa con que embozaba
su rostro inculco la tierra,
coronada de espadañas
y erizada de montañas
que á los cielos hacen guerra;

Pronto á la voz de los hombres
trocóse en manto de grana,
bordado de rica flor,
mas hermosa que el color
que tiñe hermosa mañana.

Dos grandes mundos lejanos
en la tierra puso Dios,
Mas al mar se lanzó un hombre
que Colon tiene por nombre,
y un mundo formó de dos.

Oculto estaba la ley
con que Dios dirige el cielo,
mas Newton subió á la esfera,
donde hace el sol su carrera
y desde allí viendo el suelo;

El lazo que une los astros
entre sus manos cogió;
al sol vió atada la tierra,
y los secretos que encierra
el Criador, descubrió,

Envidiando el hombre al ser
que hará de los mundos viento,
montes cual él quiso hacer,
y encima de ellos poner
un cadáver ceniciento.



Por eso alzó los sepuleros
hermanos del grande Nilo,
á cuyo pie la laguna
que fue su igual en la cuna
parece tan solo un hilo.

Montes hizo para tumbas
sin duda para mostrar
que sus glorias y la muerte
correrán la misma suerte
sin poderse separar.

En vano férrea segur
la parca en su mano tiene,
y de la tierra arrebatada
lo mismo al que un pueblo acata
que al que pobre al mundo viene;

Los hombres dejarán vivos
los semblantes de otros hombres,
que habiendo Zeuxis y Apeles,
Ticianos y Rafaeles,
No quedaban solo nombres.

Rápida marcha la vida
Arrastrándose al morir,
no llevar en su carrera
mas que la hiel duradera
que deja tras sí el vivir;

Mas tambien detiene el hombre
su apresurada corriente;
el mundo á Hipócrates vió
que de la muerte paró
con sus manos el torrente.

Dentro el mortal de sí mismo
un ser inmenso sentia
que fuerza á sus fuerzas daba,
mas que oculto ante él estaba
y mostrarse no queria.

Cual un sol descendió entonces
Platon divino á la tierra,
á el alma el velo arrancó,
y á sus hermanos mostró
el grande arcano que encierra.

En un cuadro mira el hombre
todo el tiempo que ha pasado,
en un punto lo presente,
y el porvenir en su mente
con lo que fue está enlazado.

En el padron del destino
sobre el suyo hay solo un nombre,
que es el que tiene el gran ser
que hizo la tierra nacer
y puso tras él "al hombre."

¿ Mas qué es el hombre de la nada hermano?
con ese orgullo que hasta el sol le eleva,
y con el signo que en su frente lleva
por ser en este mundo el soberano.

Es tierra que de todo fue formada
y que en señal de su mezquina cuna
recibió un corazon de la fortuna
que al llorar le digese: "tú eras nada."

¡ Un corazon! Su pasto es solo el lloro,
el dolor es su eterno compañero,
un ay es el amigo postrimero,
é inútil prevision es su tesoro.

Las horas del placer son un instante,
las horas del dolor no tienen cuento,
que cuando el hombre llora, el firmamento
para del sol el carro relumbrante.

Cada latido que en el pecho suena,
amarga gota en nuestro cáliz vierte,
porque anuncia que un paso da la muerte
y falta un eslabon á una cadena.

¿ Mas qué es morir para quien llora tanto?
un hogar para anciano que está yerto,
una palma en un cálido desierto,
ó del seno materno el dulce encanto.

No flores, hombre, al contemplar la muerte,
que si el alma te encumbra al alto cielo,
el corazon te baja al pobre suelo,
y en todo forma la brillante suerte.

SANTIAGO DIEGO MADRAZO.

EL MARIDO.

II.

Vicente aunque no está dotado de una gran penetracion, ve muy claro en todo lo que alcanza, y no se equivocaba al definir á Julia. Si por su carácter particular y por no hallarse personalmente internado, no descendia á inquirir la causa de los defec-

tos de esta para escogitar su remedio, en el fondo tenia razon. Nacida Julia con pasiones impetuosas y genio activo tuvo la desgracia de tener unos padres tan indulgentes, que lejos de corregir el orgullo, extravagantes caprichos é inconstancia de su hija desconocian sus defectos y eran los primeros instrumentos de su imperiosa voluntad. Era el único fruto de un matrimonio de treinta años, el amor que la tenian rayaba en idolatria, su querer la unica ley en la casa y esto sin que ni ellos ni ella se aperciesen, pues Julia no podia tener idea de contradicciones que nunca habia sufrido y sus padres no sacrificaban, sino que cumplian sus gustos al satisfacer los de su hija. Las consecuencias son demasiado evidentes para que me detenga en enumerarlas. Julia miraba todo con indiferencia y desdeñ, teniendo la imaginacion muy viva solo ponía empeño cuando se la contradecia, y era de ver su destreza en crearse motivos de disgusto y su terquedad en suponerse desgraciada, al paso que sus bondadosos padres se desvanecian los cascos en inquirir la causa de los pesares de su hija. No hallándola redoblaban sus esfuerzos para satisfacer hasta el mas mínimo de sus deseos y esterbar la menor contradiccion y esta conducta como es de presumir, aumentaba lejos de disminuir el mal.

Algunos centenares de novelas no leidos sino devorados venian á coronar la obra; que tenia por remate y final extremo media docena de entes que la rodeaban á porfia, y á porfia la colmaban de obsequios. Cada uno de estos queria á Julia lo suficiente para sacar partido de sus defectos que multiplican adulandose los y aprovechando el menor incidente para ganar su confianza.

No es de mi intento referir por qué medios un hombre como yo, rubio, algo moñetudo, de fisonomia poco expresiva y de carácter material y positivo, pasé con respecto á Julia del despego á la amistad y de la amistad al amor, cometiendo, segun el parecer de mi amigo Vicente, el insignificante disparate de casarme con ella. A decir verdad no tenia tanta confianza como que-

ria aparear y el conocimiento exacto de los defectos de mi muger unido al que me sobraba de los míos, no dejaba de causarme inquietudes.

No sé yo en qué novela ó cuento habia yo leído que el hombre de mundo que iniciaba por la vez primera á una doncella en los misterios del bimeneo lograba con ella una influencia muy segura, y podia casi contar con un amor apasionado. No tenia yo muchas razones en que apoyarme para esperar adquirir el amor de mi muger y así por mas visionaria que me pareciese esta, me ngarraba á ella como al áncora de mi esperanza, y reflexionaba ademas el plan de conducta que seria mas oportuno para lograr el deseado fin y asegurar mi tranquilidad doméstica.

En tanto Julia pasados los primeros dias de matrimonio en los que sin saber por qué tiene mas parte la sociedad de lo que fuera razonable, parecia completamente satisfecha de su nuevo estado. A su carácter desigual, caprichoso y antojadizo habia sucedido una uniformidad de humor y una amabilidad imponderables. Respecto á mí nada lo estrañaba, pero con los criados era lo mismo. El que antes la hubiera conocido y visto el tono activo que con ellos usaba, lo descontenta que siempre se hallaba con sus servicios y los caprichos que les hacia sufrir, no comprenderia despues tal mudanza. Vicente, que continuaba visitándome diariamente, estaba pasmado y no me ocultaba su admiracion; al principio desconfiaba y no se atrevia á dejar sus anteriores prevencciones, pero habiendo visto que la conducta de mi muger era la misma al cabo de algunos meses de casamiento, las abjuró completamente y llegó á profesarla un afecto verdaderamente fraternal. Ella por su parte, tal vez considerando nuestra amistad, tal vez porque llegó á conocer bien la buena índole de Vicente, ó acaso por ambas causas, depuso su encono para con él; y tratándolo con cariño resultó entre ambos la mayor intimidad. Y era lo mas admirable, visto el carácter del uno y de la otra, que la única persona con quien Vicente no dis-

potaba ni á la que jamás contradecía era Julia. Lejos de eso, cuando él, segun su invariable costumbre sostenia con terquedad un parecer contrario al mio, y disputábamos acaloradamente, ella era la que mediaba, y rara vez dejaba de reducirlo á la razon.

Entre tanto habíame sucedido á mi todo lo contrario que á Vicente. Estaba en ascuas verificándose en mí lo que podria acontecer á un general que tomando todas sus disposiciones para resistir á un enemigo que cree muy superior en fuerzas, encuentra sin saber cómo que este enemigo se le confiesa vencido sin entrar en combate y sin una causa aparente. Cuando cediendo mi muger á los impulsos de su festivo humor se chanceaba y jugueteaba conmigo, estaba yo con el mismo sobresalto que aquel que se entretiene con una fiera domesticada y teme á cada momento verla enfurecerse. Decia yo para mí: "la leona duerme, guardémonos de interrumpir su sueño"; y tenia siempre presentimientos y temores de una crisis decisiva que podía concluir con desventaja mia, y destruir mi felicidad ó bien cimentarla sobre bases sólidas que estribasen en el conocimiento recíproco de nuestras fuerzas y demarcasen el terreno llano en que desembarazadamente podíamos mantenernos mi muger y yo, sin riesgo de la paz doméstica. En efecto, no tardaron mucho tiempo en verificarse mis sospechas.

Julia al casarse habia traído consigo una doncella ó camarera llamada Lucia, muchacha muy dispuesta y viva, y que profesaba á su ama estraordinario afecto que esta le pagaba, depositando ademas en ella una gran confianza. Lucia, á título de favorita de su señora, recibia cuando esta era soltera todos los obsequios imaginable que no dejaban de dirijirla cuantos en la casa entraban y conocian el ascendiente que en ella tenia. La muchacha, que era suficientemente linda para merecer la atencion, no conocia que era el asno cargado de reliquias de la fábula y se llegaba á llenar de orgullo. No fui yo de los que menos contribuyeron á inspirárselo, sabiendo que si

bien en los numerosos momentos de mal humor su ama la trataba sin ninguna consideracion, tenia el talento de aprovechar las ocasiones y de dominarla absolutamente. Mas Lucia no quiso comprender que si el amante de su señora habia sido su fiel servidor, el marido era ya su amo. Abusando del amor que profesaba yo á Julia y del temor que tenia de disgustarla, no me guardaba la menor consideracion á pesar de que indirectamente la dí á entender mil veces todo lo falsa que era nuestra recíproca situacion.

Un dia llegó su insolencia hasta el punto de volverme desenfadadamente la espalda cuando la reconvenia por haber hecho una de las suyas. Reñila con bastante seriedad, y aunque no hizo ningun caso yo me hubiera abstenido de dar trascendencia al asunto, si á poco rato no la hubiese oído desde una habitacion inmediata referir el lance con el mayor descaro añadiéndole varias esplicaciones que hicieron reír á Julia á carcajadas. No es fácil imaginar la molesta sensacion que me causó semejante risa, aun cuando debiese suponerla sencilla, y solo efecto del modo con que la insolente Lucia referia el suceso. Llanóme en particular la atencion el ascendiente de la doncella en su ama que la estorbaba reparar en lo ridículo que era acceder á sus sugestiones y burlarse con ella de su marido, sin preveer las consecuencias que inmediatamente se presentaron á mi imaginacion.

Reflexionando en este suceso y muy disgustado con él me hallaba sentado á una mesa en una habitacion retirada, cuando sentí los pasos de mi muger. Apresuréme á fingir que estaba escribiendo para disimular mi pesar y proporcionarme el aplomo que suponía necesitar. Acercóse á mí con risueño semblante, y principió á hablar de asuntos indiferentes. Respondíla con bastante seriedad que aparentó no notar, y viendo al fin que no lograba hacerme participar de su buen humor, varió de conversacion y dijo:

—¿ Con que parece que la loca de Lucia te ha incomodado?

El modo con que pronunció estas palabras manifestaba claramente la intencion de proporcionar un desahogo á mi enfado y de que yo la diese quejas para proporcionar ella disculpas, encargarse de comprender á la criada y salvaria asi por su interposicion de cualquier consecuencia que mi cólera pudiera tener. Conocilo asi y tuve tambien tiempo para reflexionar que si me dejaba llevar de esta astucia, el mal quedaba de pie ya en situacion muy desventajosa, y sin acabar de entendernos acerca de nuestro carácter. Acaso tambien tuve entonces el temerario deseo de querer graduar toda la estension de la índole de Julia, los grados de su amor hácia mí, y mis fuerzas para resistirla. Acaso mi enfado que habia subido de punto me incitó y no me dejó reflexionar la trascendencia de una primera disension doméstica en la que podia yo resultar el mas débil por verdaderamente enamorado y perder todo el prestigio que necesita un marido. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que despues de un momento de silencio contesté á mi muger con cierta aspereza y procurando dar al semblante toda la seriedad de que soy capaz.

—Tanto me ha incomodado y tal ha sido su insolencia conmigo, que solo esperaba verte para exigir de tí que la despidas inmediatamente.

Esta respuesta inesperada sorprendió á Julia en términos que casi quedó sin saber qué decir.

—¿Exigir, exclamó recalando esta palabra, que la despida?

—Si, porque como no me considera amo suyo y á tí sí, no me he atrevido á mandárselo yo mismo.

Mírome Julia como no pudiendo persuadirse de que hablase con seriedad. Convencida de que mi resolucion era formal, principió á encenderse su rostro. Contúvose, sin embargo, y me dijo con forzada amabilidad.

—Considera que hace mucho tiempo que esa muchacha está á mi lado y que por una friolera...

—Su conducta para conmigo, inter-

rumpí yo, merece otra calificacion y me ofende demasiado: por lo que espero dispondrás que en todo el día de mañana quede fuera de casa.

—De ningun modo, exclamó mi muger encendida en cólera. Y sin añadir mas palabra salió de la habitacion apresuradamente.

La leona habia despertado y una lucha terrible iba á seguirse. Conocí que debía reunir todas mis fuerzas y no descuidarme en lo mas mínimo si queria vencer; y puesto ya en el caso resolví hacerlo asi por mas que me costase sumo trabajo el haber de afligir á la persona que mas amaba.

Tuvo lugar esta escena por la mañana. Hasta la hora de comer permanecí solo en la misma habitacion. Avisáronme de que la comida estaba dispuesta y mandé á un criado que pasase igual aviso á la señora. A poco salió Lucía á decirme que su ama estaba algo enferma y no queria comer.

—Está bien, la respondí; pero sírvate de gobierno que no quiero te vuelvas á presentar otra vez á mi vista.

Iba á replicarme con insolencia; pero la miré de tal modo que hubo de perder la gana de hacerlo y se retiró cabizbaja.

—Ves, Lorenzo, díge á un criado, á ver qué es lo que tiene tu ama, y á preguntarla si quiere que se mande llamar al facultativo.

—Que se tranquilice V. y coma, trajó el criado por respuesta, que no es cosa de cuidada.

Vi que seguia preparándose una fuerte tormenta, pero aunque en realidad me hallaba lleno de sobresalto, resolví aparentar la mayor tranquilidad. Asi que se concluyó la comida, la que puedo asegurar no probé, aunque la hice servir toda y durar el tiempo acostumbrado, me dirigí á la habitacion de mi muger. Al oír mis pasos se salió de ella Lucía y encontré á Julia sentada, con el cabello algo descompuesto, la mano apoyada en la megilla y con señales de haber llorado. Confieso que necesité toda la resolucion de que soy

capaz para contenerme, y fingir una frialdad que estaba muy lejos de mi corazón.

—¿Qué tienes? la dije acercándome.

—Nada, me respondió con sequedad.

—¿Pero te has de quedar sin comer alguna cosa.

—No tengo gana de tomar nada.

...¿Quieres que se llame al médico?

—No.

Sentéme entonces en una silla á cierta distancia de Julia, y pasamos mas de tres cuartos de hora sin hablar una palabra, aparentando yo estar muy entretenido en observar las ondulaciones del humo de mi cigarro, y ella sin variar de postura. En este estado nos halló Vicente, que no se sorprendió poco al vernos tan taciturnos. Dirigióse á mi muger para preguntarla cómo estaba, y como es costumbre un dolor fuerte de cabeza la aquejaba. Esta respuesta no satisfizo á Vicente, y viendo que yo me aprovechaba de su venida para pretestar quehaceres y retirarme, me siguió para inquirir la verdad de lo que pasaba.

—¿Qué es eso, me dijo, habeis reñido?

—No, no es nada; una disputilla.

—Pero ¿por qué?

—Ya te lo contaré ella. Yo voy á salir, hazla compañía y procura que tome algo pues no ha comido.

Y sin querer darle mas esplicaciones le dejé, marchándome á poco á la calle. Fue-me imposible hallar reposo en ninguna parte; recorrí mil calles sin direccion ni objeto fijo, y apenas anocheció volví á casa.

Tenia mi muger visitas: entré un momento en la sala, observé que estaba algo mas tranquila, y me retiré á mi habitación en la que no tardó en entrar Vicente.

—¿Has hablado con Julia? le pregunté con ansiedad.

—Sí, me respondió, y dispénsame si por esta vez no te doy la razon.

—Seria la primera que me la hubieses dado.

—La conducta de tu muger es irreprehensible...

—¿Pero qué tiene que ver?...

—Déjame acabar y despues dirás lo que quieras.

—No te deajo acabar porque vas á ensartarme una porcion de máximas vulgares que tengo yo olvidadas y á no decirme lo que me interesa. ¿Consiente Julia en despedir á su doncella?

—Pero si eres tú el que no has de insistir en que se despida.

—¿Qué ente tan particular eres! siempre es preciso para hablar contigo, estrecharte por todos lados. ¿Y si yo insisto?

—No debes insistir.

—Harías perder la paciencia á un santo. Responde: en el caso que yo insista ¿qué piensa hacer ella?

—Si tú insistes... no sé qué decir; pero yo la he prometido conseguir de tí que consientas en que Lucía se quede.

—Pues has prometido un disparate y una cosa que no podrás cumplir. Veo que como siempre has hecho todo lo contrario de lo que yo esperaba y de lo que era razon.

—Gracias, respondió Vicente picado.

Y se marchó á la sala. Era, pues, evidente que no me quedaba mas recurso que ceder perdiendo todo el terreno que habia ganado, menoscabando mi decoro y decidiéndome á ser en adelante un ente insignificante en mi casa, ó hacer frente á una tempestad que no podia tardar en estallar, pues el término señalado por mí era el siguiente dia, y cuyas consecuencias no me atrevia á pensar cuáles serian, prescindiendo de que acaso podrian traerme un desengaño muy poco grato para un marido y es el de que su muger no le profesa un verdadero cariño. Sin embargo, me decidí por el segundo término.

Vicente nos acompañó á cenar (porque en mi casa á guisa de españoles se cena) cosa que mi muger y yo hicimos con apetito porque no habiamos comido. Ella no me dirigió la palabra mas que lo absolutamente preciso, y yo hice otro tanto: ambos ~~buscamos~~ buscamos por incidente la ocasion.

Bl despedirse Vicente, me pidió en secreto que nada digese por aquella noche á Julia, puesto que él aun no la había hablado despues de nuestra última conversacion, y prometiéndome que á la mañana siguiente vendria. Asegurele que asi ha-

ria y en efecto nos separamos diciéndome ella:

—Buenas noches;

y contestándola yo:

—Adios.

(Se concluirá en el próximo número.)



E. LETRE dib.

V. CASTELLÓ grab.

JUAN GUTTENBERG.

De la imprenta; Gutenberg, Fust, Schaeffer. Ensayos y dificultades; perseverancia y éxito. Biblia Satánica, impresion en tablas, siglos romanos, tipógrafos ilustres, composición, correccion, impresion.

¿A quien debemos la invencion de la imprenta? ¿Es á los ingleses que sin justificar ningun título quieren apropiarse esta gloria á su nacion? ¿Es á Mentel de Swasbourg? ¿Es á Lorenzo Costes Sacristan de la iglesia de Harlem, que se dice formó los primeros caractéres con la corteza

del haya, y de quien Fust no fue sino el discípulo infiel? Ninguna de estas opiniones puede justificarse con ningun ensayo tipográfico de esta época, y así parece razonable adherirse á la opinion mas comun que atribuye este precioso descubrimiento á Juan Gensfleisch Guttemberg, natural

de Majencia, oriundo de una familia noble, apellidada *Sorgenlouw*, este caballero que habia reflexionado hacia mucho, se lamentaba del tiempo que era necesario para hacer muchas copias de un libro, imaginó en 1440 grabar en relieve sobre planchas de madera, algunas letras del Alfabeto, despues páginas enteras que imprimia cuantas veces queria, y este fue el primer paso para la invencion de la imprenta, mucho era esto, pero no era aun bastante, se necesitaba un trabajo inmenso para imprimir de este modo una obra por pequeña que fuese, y Guttemberg queria economizar tiempo, y para ello adoptó un medio nuevo esculpió en relieve letras sueltas, ya en madera, ya en metal, las que se unian unas á otras ensartadas como las cuentas de un rosario; se cree comunmente que este segundo ensayo lo hizo en Strasburgo. Poco le hicieron adelantar estas tentativas al principio, y lo peor fue que acabaron con su caudal, lo que le hizo volver 1444 á Moguncia y asociarse con un platero llamado Fust, que se cree fue el que le adelantó los fondos necesarios para seguir su empresa; muy pronto admitieron en su compañía á un escritor de profesion, hombre industrioso, llamado Pedro Schæffer, natural de *Gernzheim* en Alemania; dicen estaba al servicio de *Fust*. Este Schæffer fue el que acabó de perfeccionar el descubrimiento de la imprenta, encontrando el secreto de formar matrices, fabricar moldes, y fundir los caracteres que hasta entonces se habian esculpido uno á uno. Esta nueva invencion que nada dejaba que desear, sino que se perfeccionase, se verificó en 1452. Sin duda en recompensa de los felices resultados que tuviera la comun elaboracion, fue lo que hizo á Fust le diese su hija por esposa. Con los primeros caracteres en madera, dispuestos como en las lenguas orientales, imprimieron, sirviéndose de una prensa, cuya invencion hace honor á su entendimiento creador, algunos libros, entre ellos el donato, y el *Catolicon Johannis Januensis*; auxiliados de los nuevos caracteres movibles de Schæffer compusieron una Biblia latina, sin fe-

cha, ni indicacion alguna del nuevo arte que produjera su publicacion, esta biblia que fue depositada en la biblioteca Mazarini, imita al mas hermoso carácter de aquel tiempo, es un verdadero modelo del arte tipográfico. La casa de Punsongen, que sirvió de habitacion á Guttemberg, Fust y Schæffer, se llamó imprenta. La ciudad de Maguncia fue saqueada por el conde Adolfo de Nassau en 1562; los tres asociados salieron de ella. Guttemberg se unió al vencedor en calidad de caballero de armas, y murió sirviéndole en 1468, Fust fue á Paris, y vendió muchos ejemplares de la biblia que habia impreso. Admirado el público del gran número de ejemplares que poseia, y de su exacta conformidad, miró esto como efecto de hechiceria, los adornos hechos con tinta encarnada que embellecian muchas páginas, dieron lugar á la ignorancia para decir que habian sido dibujados con sangre; y así fue puesto en prision Fust y convencido de magia; pero Luis XI mandó ponerle en libertad con condicion de que manifestaria los medios de que se habia valido para multiplicar tanto un mismo libro. Fust murió en París el año 1466; se cree fué víctima de la peste que desoló aquella capital el mismo año; no se sabe donde Schæffer acabó sus dias. Guttemberg, Fust y Schæffer son incontestablemente los inventores de la imprenta en Europa; pero se quiere hacer subir la primera idea de este arte á época mucho mas remota.

En la China se dice que la impresion sobre tablas está en uso desde una antigüedad que, casi no se puede asegurar. Los griegos y los romanos conocian los tipos movibles, y se cree comunmente que los libros de figuras que aparecieron en el siglo XV sirvieron de modelo en los ensayos intentados por Guttemberg. Es menester confesar que la imprenta no ha hecho en ninguna parte los progresos que en Francia, los que se deben especialmente al trabajo y conocimientos de los sabios, empresarios y Simon de Colines, Estevan hermanos Cramoisi, Armisson, Barbon, Despierres, Didot, Crapelet, Heran, Everat,

Rignoux, Fournier y algunos otros que han hecho progresos admirables en el arte que los ilustres nombres de Fracklin y Bruné han honrado, y de los que voy á indicar sucintamente el mecanismo y nociones mas generales: sus principales operaciones consisten en la composicion, correccion, é impresion; para la composicion se sirven de caractéres de metal fundido, que ordinariamente se compone de diez y seis partes de plomo, de una de régulo de antimonio, y á veces de cobre: la superficie de una de las estremidades presenta el relieve de una de las letras del alfabeto ú otro signo grabado en sentido contrario al que se ofrece á la vista en la hoja impresa: las especies de caractéres mas comunes en imprenta llevan los nombres, que indican su tamaño progresivo como *Peña parisien*: Sin igual, pequeña, testo corto, gallarda, romance corto, filosofia, Ciceron, S. Agustín, parangon pequeño, id grande, &c. El caracter romano, así llamado porque un impresor en Roma le sustituyó al gótico, es el que mas se usa: estos caractéres se colocan en un cajon dividido en particiones que puedan recibirlos; está formado de dos partes, superior é inferior, de vara y terciá; esta caja presenta una especie de gabeta larga de madera dividida con latas pequeñas en espacios llamados cajetines donde se colocan las letras; se ponen las cajas dos á dos ó tres á tres unas al lado de las otras sobre chivaltas en forma de atril: en estas cajas es donde un compositor hábil coge con rapidez la letra que debe entrar en la composicion de cada palabra de la copia que tiene delante de sí en el divisorio, y coloca sobre el compoñedor que tiene en su mano izquierda: este instrumento se forma de dos hojas de hierro ó de cobre perpendiculares la una

con la otra, y está destinado á recibir las palabras que han de formar las líneas que se colocan en la plancha cuya forma es rectangular. Cuando hay suficiente número para llenar una página se aseguran todas estas líneas, se reunen sobre una piedra de mármol en un bastidor de hierro en número suficiente para lo que se quiere imprimir, es decir, cuatro para la impresion en 4.º, ocho para en 8.º &c.; la reunion de estas páginas forma la hoja que se imprime valiéndose de una prensa de madera ó fundida ó mecánica, que tiene las ventajas sobre las otras dos de una impresion mas rápida; para verificar la impresion se pone á la accion de la prensa una hoja de papel cuya forma y especie varian á lo infinito. La hoja impresa pasa como prueba á manos del corrector: las correcciones que se hacen antes de la impresion que ha de publicarse son comunmente tres que se denominan segundas y terceras pruebas: en seguida el editor determina el número de ejemplares que han de tirarse, las hojas se van poniendo á secar, y despues se entregan al encuadernador que las dobla en otras tantas páginas cuantas exige el tamaño en que han de salir á luz. La impresion, composicion, y correccion estan al cuidado del oficial mayor, que es el ayudante sustituto, hombre de confianza del gefe del establecimiento, debe verlo todo, y está encargado del órden en el obrador: este empleo pide, mas que otro alguno, inteligencia, actividad é instruccion. Seria necesario escribir un volumen si se quisiera dar un conocimiento de cada una de las circunstancias que son necesarias para la profesion de la imprenta: por tanto me limito á estas generales que creo no disgustarán á los curiosos.

N. L. de L.

DE LA RAZA DE LOS HOMBRES.

Todos los habitantes de la tierra provienen, según la sagrada Escritura, del primer único par. Las observaciones de los más célebres naturalistas han corroborado esta tradición, y todos convienen en que los hombres no forman más que una clase en su especie.

Más de 40 años ha que Blumenbach escribía lo siguiente: "Los tres principales naturalistas Haller, Lineo y Buffon concuerdan en que, así europeos como negros, todos los hombres son de una misma especie, aunque de diversas razas: y yo no veo razón en que fundarse para que considerada esta materia fisiológico ó histórico-naturalmente pueda caber dada en que todos los hombres de todos los países conocidos tienen un mismo origen." El célebre teólogo Cuvier se expresa también en favor de estos principios. Aunque no haya, dice, más que una sola especie de hombres se observa, con todo, que en diversas naciones tienen una forma peculiar, que se transmiten de generación á generación, y cuyas gradaciones en las formas, constituyen las diversas razas.

Cuvier admite tan solo tres razas, que son entre las que existe más marcada diferencia: la raza blanca ó *caucasa*; la atezada y bronceada-amarillenta ó *mogólica*, y la negra ó *etíopica*. Blumenbach, si bien dice ser cinco las razas, sostiene con Cuvier que la *americana* es una transición de la *caucasa* á la *mogólica*, y que la *malaca* lo es de la *mogólica* á la *etíopica*. Añadiendo á más Blumenbach, que aunque á veces puede parecer que existen otras intermedias que formen las diversas gradaciones entre las principales, que sería con todo difícilísimo señalar los límites de cada una de ellas.

Pero pasemos ahora á examinar únicamente las cinco razas principales de que habla Blumenbach.

1.º La raza caucasa.

Según la sagrada escritura el padre de

esta raza debió ser Jafet, y Blumenbach la considera como el tronco de todas las otras desde la *mogólica* hasta la *etíopica*, y las que entre ellas se cruzan. Su nombre proviene de que, según antiguas tradiciones, la morada primitiva de los pueblos que hoy día la componen, era en la cordillera que rodea los mares Negro y Caspio, y por consiguiente en el Caucaso. A ella pertenecen todos los europeos, excepto los lapones, los asiáticos de la parte de acá del Ob, del mar Caspio y del Ganges, y los africanos del norte.

Esta raza se distingue fácilmente por su cara ovalada, lo blanco de su cutis, lo proporcionado de la boca, y la grande y puntiaguda nariz: tiene la frente espaciosa y salida, las mejillas no carecen de color, los labios son delgados, los dientes incisivos están perpendiculares en ambas mandíbulas, los huesos de la cara poco sacados, la barba redonda, y en general bien proporcionadas facciones, aunque de mucha variedad en las fisonomías. Los cabellos son finos y largos, formando ondas y aun rizados, y su color varía desde el rubio más claro ó albino hasta el negro más oscuro. El ángulo facial suele ser de 90 grados.

2.º La raza mogólica.

Esta es la más numerosa de todas: comprende todos los pueblos que habitan el inmenso espacio que hay desde el mar Caspio al del Japon, la China, Tunkin, Cochinchina, Siam, Birma y Tibet, y aun pueden añadirse los del polo ártico, que habitan el mar glacial del norte en Europa, Asia y América, como los lapones, esquimios, samoyedas &c.

Su cabeza es grande y cuadrada, los huesos de esta salientes, y ancho el diafragma de la nariz: su cara ancha, chata baja y juanetuda, la nariz gruesa y anchas sus ventanas; las sienes hundidas, la parte superior de la mejilla, es ancha y muy chata; la abertura de los ojos pequeña y algo oblicua: los ojos pequeños, hundidos

y muy separados; la barba chica. El color de su tez es amarillo sucio, quasi como el pellejo de una manzana seca: el cabello es siempre negro, no muy espeso, recto y áspero, encanece pronto y no tarda en caerse, los ojos negros, cejas negras y poco pobladas; los labios gruesos y molletudos; los dientes muy blancos, y la barba clara. Su estatura es poco elevada; pero son musculosos: las mujeres son pequeñas, tienen bellas formas, y es mucho mas claro el color de su tez que el de la de los hombres.

3.º *Raza americana.*

Difíciles son de marcar las diferencias características de esta raza. Los habitantes de la América del Norte se parecen en muchas cosas á los de la raza mogólica, y es probable que descendan de algunos asiáticos que pasaran á la América, facilitando esta emigracion la cercanía de ambos continentes, y las islas que entre ellos median. Humboldt tiene á los antiguos mejicanos por descendientes de los mogoles, y aun por las tradiciones del pais se sabe que sus antepasados vinieron del Nordeste. Los americanos del norte tienen un color amarillento como los tártaros y chinos; pero los que habitan paises mas cálidos tienen el color de cobre.

Diferénciase esta raza de las otras en su color cobrizo ó pardo, en sus cabellos negros, lacios y tendidos, la frente baja, ojos hundidos, nariz roma y algo sacada de arriba: su cara es ancha sin ser chata, juanetuda, y sus facciones muy marcadas.

4.º *Raza etiópica.*

A esta pertenecen todos los africanos con la denominacion de *negros*, los *cafres*, *hotentotes*, y en general todos los habitantes de la parte de allá del Atlas.

Su color es negro mas ó menos oscuro, y su piel es suave y como terciopelo al tacto: el cabello es negro y sumamente crespo; la cabeza chica y algo aplastada de los lados: la frente y barba algo retiradas: la nariz ancha y aplastada; las mandíbulas salientes, los dientes incisivos sacados hácia afuera; los labios como hinchados y la cara juanetuda, ancha y sin expresion.

5.º *Raza malaica.*

Parece provenir esta raza de Málaca, y comprende los malayas (que tienen cierta analogia con los indios y chinos) y los habitantes de las islas del Sud. Como en las mas de estas se hallan mezclados mogoles, negros y malayas, es probable que la raza malaica se haya formado de la union de las otras dos.

Esta raza es la que está mas atrasada en la civilizacion, pues aunque no les falta inteligencia son muy perezosos, sobre todo los de Nueva Holanda.

Sus señales características son: color entre el de caoba y castaña; cabello negro, encrespado, suave y largo; cabeza ancha, y no muy juanetuda la cara; la frente no tan retirada como la de los etiopes; nariz grande, ancha, aporrada, y muy separadas sus ventanas; boca grande y ancha, el ángulo facial no pasa de 84 grados: la mirada es grave y aun torva; y su cuerpo es en general esbelto y delgado.

No me parece fuera del caso decir que estos pueblos tienen la costumbre de pintar su cuerpo con figuras de diversos colores. Sus grandes procuran distinguirse por sus pinturas como los nuestros por la finura de sus trajes, y lo elegante de sus trenes. Las figuras son proporcionadas y bien hechas: formarse primero los contornos con colores, luego se va introduciendo en la piel una especie de punzon puntiagudo hecho de los huesos de las alas de algunos pájaros; en seguida se frotran las heridas con un color espeso hecho con carbon; esto produce una inflamacion en la parte, y luego una costra debajo de la cual está la figura deseada, la que aparece luego que aquella se cae. Desde la adolescencia se empiezan á pintar el cuerpo, y se añaden nuevas figuras cada tres ó seis meses, hasta que al cabo de muchos años se llega á ver todo el cuerpo cubierto de ellas. En varias islas del Sud es el pintar de este modo una profesion que requiere sus estudios, y cuanto mas tiempo y aplicacion emplea el que á ella se dedica, tanto mayores son las retribuciones que le dan los que de él necesitan.

ALBUM.

ADOLFO.

DRAMA ORIGINAL EN CUATRO ACTOS EN PROSA
POR D. FULGENCIO BENITEZ TORRES.

Esta produccion se puso en escena en la noche del viernes pasado: fue aplaudida con estremo: el público pidió el nombre del autor, y no contento con saberlo, pidió que el autor mismo saliese al proscenio. Salió con efecto el Sr. BENITEZ TORRES, y el público le acogió con una salva de palmadas.

Ahora entramos nosotros á cumplir el difícil ministerio de periodistas. ¿El drama del Sr. BENITEZ merece ó no los aplausos con que lo premió el público? Nosotros pensamos que el público es siempre justo, y que cuando aplaude tiene razon en aplaudir; porque creemos que la primera y mas sagrada obligacion de un poeta es la de cautivar á las personas á quienes dirige su palabra, y pensamos de que la única prueba de que efectivamente ejerce un dominio sobre los espectadores, es el entusiasmo de estos. Ahora bien, el drama del Sr. BENITEZ fue palmoteado con entusiasmo, y consiguió indudables aclamaciones; fácil es de comprender por consiguiente la consecuencia que de todo esto deduciremos nosotros.

Sin embargo, dirán los que de críticos se precian. ¿por qué con las máximas del arte á la vista no examinan V. V. acto por acto, y escena por escena el drama de que estan hablando? Y nosotros les responderemos: porque la primera razon de un poeta en cualquiera género no merece ese exámen; porque la primera luz del alba nunca es la luz del sol; porque el primer drama que se escribe jamás puede ser bueno en el sentido que esta palabra tiene para los que juzgan en Castilla dos en una critica exigente y escudriñadora.

Pensar que el drama del Sr. BENITEZ carece de defectos seria un disparate; pero pensar que carece de esperanzas fundadas en muchos rasgos de perspicaz ingenio no lo seria menos. Y como el público no es iterato, por lo general, ni mucho menos crítico de regla en mano, no vió los defectos, y solo sintió lo que le gustaba, y se conmovió y rompió á nuestro ver en mercedos aplausos. Ahora, señores, intolerantes hagan V. V. otro tanto cada cual en su género y les concederemos la misma palma que con gusto le concederemos al Sr. BENITEZ.

Pero el drama ¿es bueno ó malo?... En nuestro concepto el drama es bueno: los demas temas de esta obra la opinion que gusten. Con todo, el lenguaje con que está escrito tiene sus incorrecciones: es verdad; pero en cambio hay trozos perfectamente desempeñados. Tambien hay escenas que varietan frias. Tambien es verdad; y nosotros

las advertimos y apesar de todo, las toleramos en gracia de otras que llenas de calor y de movimiento, revelan que el Sr. BENITEZ es capaz de escribir buenos dramas. *El todo de la accion se presenta algo desostido* (permítase la palabra); á esto no sabemos que responder por que tal vez es cierto y tal vez no lo que con respecto al enlace del drama se dice; y cuando menos nos parece dudoso, por consecuencia, no hay derecho para darle por seguro lo que está universalmente reconocido.

Estas son las objeciones principales que contra el ADOLFO hemos oido presentar. Ahora diremos lo que en su favor pensamos.

El ADOLFO está, á nuestro modo de ver, profundamente sentido; el Sr. BENITEZ lo ha escrito sin estudio, sin pretensiones ni deseos de pasar por hombre de ciencia; ha tomado la pluma, ha hecho una escena, luego otra, un acto, otro en seguida, y de todo esto ha resultado el ADOLFO; producto espontáneo del ingenio, composicion incorrecta, llena de verdad y de interés, que aquí yerra y allí atina con lo bueno, sin volver nunca atras la vista para enmendarse.

El autor del Adolfo ¿puede ó no ser un buen poeta dramático? Esta es en nuestro concepto la verdadera cuestion que hay que resolver. El público ha dicho que sí: nosotros pensamos como el público: al Sr. BENITEZ TORRES toca legitimar en lo sucesivo la justicia de nuestra decision.

Mientras tanto creemos que el que sin mucho trabajo ha compuesto un drama, y con él ha conmovido y agitado al pueblo, trabajando mas y teniendo presente la obligacion que con esto pesa sobre su reputacion, es: tribirá otras obras mejores que el ADOLFO, en las cuales no serán solo esmeranzas las que podremos concebir y admirar, sino realidades producidas por el convencimiento, castigadas por el estudio y compuestas con el arranque de inspiraciones profundas y arregladas.

Hemos llegado al fin de este artículo, en el cual pensamos haber hecho justicia al drama de que hemos hablado como primera produccion ó ensayo de un jóven que empieza á escribir para el teatro; el ADOLFO es digno de alabanza, pero no lo serian las demas obras dramáticas del señor BENITEZ, si, semejándose á otros escritores, este autor se duerme sobre sus laureles y los marchita con el descuido de que por desgracia adolecen muchos de los que le han precedido.

Que el Sr. BENITEZ tiene cualidades para brillar en la carrera á que se dedica, es para nosotros verdad clarísima; sin embargo, de nada sirve el talento cuando el trabajo y la meditacion no le disciplinan. El Sr. BENITEZ puede estudiar y escribir en adelante de tal modo que nunca necesite de la indulgencia de nadie para figurar entre los mas esclarecidos ingenios de su época.

L. G. B.

Nota.

Los Señores suscritores de las provincias cuyo abono concluye en fin de julio pasarán á renovar la suscripcion si no quieren sufrir retraso en la recepcion de los números.

Publicaciones.

Rosgo Epico al último sitio de Bilbao, por D. Gerónimo Morsu.

Vida del Mariscal Ney. Comprende la narracion de todas sus campañas en Suiza, Austria, Prusia, España, Portugal, Rusia, &c. su vida privada, y la relacion de su proceso, con varias anécdotas inéditas 8.º 2 tomos.

Se hallan de venta en la librería de Escamilla, Calle de Carretas frente al Correo.

Este periodico sale todos los Jueves.

El precio de suscripcion en Madrid es el de cuatro rs. mensuales, llevado á casa de los señores suscritores; 18 en las provincias, por un trimestre franco de porte; 34 por seis meses y 60 por un año.

Los números sueltos se espandan á dos rs. en los puntos de suscripcion en Madrid, que son los siguientes: librería de Chesta, frente á las Covachuelas; estamperia de Valle, calle de Carretas, frente á la de Mijaderitos; y en el almacén de papel calle de la Concepcion Geróaima, esquina á la plazuela del mismo nombre.

PROVINCIAS: Alcoy, Cabrera; Algeciras, Grimaldi; Alicante, Carratalá; Almeria, Santamaría; Avila, Sastre Beal; Badajoz, viuda de Carrillo; Barbastro, Lafita; Barcelona, Piferrer; Bilbao, Delmás; Burgos, Arnaiz; Cádiz, Hortal y compañía; Cartagena, Benedicto; Castillon de la Plana, Gutierrez Otero; Córdoba, Lopez Latorre; Coruña, Perez; Ferrol, Tajonera; Gibraltar, R. L. Hepper; Granada, Bada y Linares; Guadalajara, Ruiz; Jaen, Orozco; Leon, Mifion y Paramio; Logroño, Ruiz; Lugo, Pujol; Málaga, Carreras; Orense, Gomez Pazos; Oviedo, Longioria; Palma, Guasp; Pontevedra, Sr. administrador de Loterías; Reus, viuda de Angelon; Ronda, Fernandez; Salamanca, Blanco; Santander, Riesgo; Santiago, Rey Romero; Sevilla, Hidalgo y compañía, y D. Luis Manuel de la Pila; Valencia, en la administracion de Correos; Valladolid, Pastor; Vitoria, Flores; Zaragoza, Yagüe. Y en las administraciones de Correos de Arévalo, Barcelona, Buitrago, Cáceres, Ciudad Real, Huelva, Lérida, Murcia, Palencia, Santander, San Sebastian, Sevilla, Tarazon y Tuy.

NOTA. La redaccion está establecida calle del Príncipe, núm. 13, cuarto entresuelo de la izquierda, adonde se dirigirán las reclamaciones y las cartas francas de porte.

Editor responsable A. GUERRERO.
